

Evolución y rasgos de las historiografías de los nacionalismos en España

Évolution et traits des historiographies des nationalismes en Espagne

Evolution and Characteristics of nationalistic historiographies in Spain

Juan Sisinio Pérez Garzón



Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/bhce/326>

DOI: 10.4000/bhce.326

ISSN: 1968-3723

Editor

Presses Universitaires de Provence

Edición impresa

Fecha de publicación: 1 diciembre 2017

Paginación: 97-113

ISSN: 0987-4135

Referencia electrónica

Juan Sisinio Pérez Garzón, « Evolución y rasgos de las historiografías de los nacionalismos en España », *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* [En línea], 52 | 2017, Publicado el 09 octubre 2018, consultado el 20 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/bhce/326> ; DOI : 10.4000/bhce.326

Evolución y rasgos de las historiografías de los nacionalismos en España

Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN

Universidad de Castilla-La Mancha

En España, desde la transición a la democracia hasta el presente, han tenido lugar profundas transformaciones socioeconómicas y políticas, lo que también ha implicado nuevas realidades educativas y culturales que han tenido el subsiguiente correlato en la historiografía¹. Semejante contexto ha cambiado los interrogantes sobre el pasado, mientras que, a la par, el oficio de historiador se ha visto afectado por nuevas exigencias profesionales como el deber de la excelencia científica y universitaria, sin olvidar los reclamos de difusión y conmemoración histórica que se han planteado en una sociedad cada vez más culta y reflexiva. Baste recordar a este respecto que la historia es una ciencia en la que siempre se ligan las realidades sociales con la propia voluntad de conocer y también con la exigencia de memoria colectiva. Por eso la historia se convierte en una reflexión pensante cuya praxis, como la de toda ciencia social, implica valores políticos y éticos. Es lógico, por tanto, que en este momento la historiografía se vea afectada no solo por los marcos de organización de los Estados, sino también por las grietas que la globalización produce en las soberanías nacionales, así como por nuevas exigencias de cohesión social entre ciudadanos.

Esos condicionantes han zarandeado las seguridades académicas, a lo que se ha sumado el hecho de que, en estas sociedades cada vez más informadas, los ritos sociales de memoria han impulsado numerosos estudios sobre imaginarios, identidades y discursos nacionales. Esta avalancha cultural ha supuesto en gran medida la marginación, o incluso el silencio sobre las relaciones de clase como soporte de tales discursos e identidades. Por otra parte, la disolución en 1991 del imperio soviético como un azucarillo en el agua, sin explicaciones plenamente rotundas hasta el momento, no solo ha quebrado las recias confianzas en el modelo marxista, sino que además la evolución capitalista del comunismo chino ha dejado en suspenso las posibilidades de las supuestas utopías emancipadoras.

Por lo demás, para comprender la historiografía de los diferentes nacionalismos desarrollados en España también hay que considerar ciertas cuestiones epistemológicas, tales como las «ficciones de la representación factual (de hechos)», para cuyo desglose son imprescindibles las reflexiones de Hayden White². O también los contenidos del *giro lingüístico* y su impacto en los saberes humanísticos³. Son facetas del conocimiento histórico que resultan necesarias para abordar no solo la construcción discursiva de las realidades nacionales, sino también el papel del investigador en la creación de temas, identidades y problemas historiográficos de mayor o menor calibre nacionalista. En definitiva, la propia experiencia del historiador también puede convertirse en una categoría histórica. En efecto, cuando la historiografía investiga los procesos nacionales, si además es de militancia nacionalista, sus fuentes y apoyos documentales dependen en un grado insospechado de mitos y ficciones, de tal modo que la realidad adquiere la apariencia de una representación. Ante esta situación ¿no se podría cuestionar acaso que el trabajo del historiador consiste en un representar la representación?⁴.

Es cierto que un análisis de las historiografías sobre los nacionalismos tiene que valorar el poder de las representaciones y de las realidades mediatizadas, pero también, sin duda, el concepto de realidad, insoslayable para cualquier ciencia social. Las representaciones siempre se constituyen

1 Ver Juan Jesús GONZÁLEZ y Miguel REQUENA (eds.), *Tres décadas de cambio social en España*, Madrid, Alianza, 2.ª ed., 2008.

2 Cfr. Hayden WHITE, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1992 (ed. or., 1973); y también, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992 (ed. or., 1987). Baste recordar, de lo mucho publicado a este respecto, el *dossier* editado en *Historia Social*, n.º 17, 1997, p. 97-139.

3 Gérard Noiriel ha analizado las etapas en las que se despliega la expansión del giro lingüístico y señala que el proceso de universalización del giro lingüístico estuvo favorecido por las preocupaciones epistemológicas de cierta historia social de inspiración marxista. Gérard NOIRIEL, *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Cátedra-Universitat de València, 1997, p. 126-130; y Elías J. PALTI, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmas, 1998.

4 Cfr. Gabrielle M. SPIEGEL (ed.), *Practicing History. New Directions in Historical Writing after the Linguistic Turn*, Londres-Nueva York, Routledge, 2005.

como parte de unos procesos sociales. Esto exige, por tanto, que se consideren los múltiples puntos de vista, de las diferentes clases sociales especialmente, porque el concepto de identidad nacional es tan ambiguo y mutante como mixtificador, pues anula o pretende anular los antagonismos que siempre marcan cada sociedad en todo momento. Además, hay que subrayar que en el tema nacional es donde se percibe claramente el solapamiento del objeto de estudio con el sujeto que lo estudia, pues los historiadores también forman parte del objeto de estudio, al implicarse más o menos directamente en el análisis de esa supuesta identidad. De ahí el reto de aplicar una dialéctica de distanciamiento y compromiso. Distanciamiento para desmarcarse de las ideas preconcebidas, y compromiso porque es indispensable acceder a la experiencia que tienen los hombres de su propio grupo o de otros, a diferencia del físico que no necesita sentirse átomo para comprender la estructura de una molécula⁵. El distanciamiento debe ser tarea conscientemente asumida, pero se trata justamente del aspecto que entraña la mayor dificultad, porque con frecuencia el historiador no tiene conciencia de ser portador de un «*espíritu de partido*»⁶. Semejante tensión obliga, por tanto, a diferenciar la historia nacional de la historia nacionalista, aunque ese deslinde se traza sobre la delgada línea roja que existe entre la meta de hacer una ciencia crítica, y el compromiso con la ideología desde la que percibe el mundo cada historiador.

En fin, para comprender el presente de las historiografías que abordan los nacionalismos parece necesario exponer, de forma somera al menos, las líneas generales de su evolución desde el siglo XIX. Así se podrá conocer los puntos de partida y los diferentes requerimientos a los que cada historiografía ha tratado de dar respuesta. En estas páginas solo se abordan los rasgos básicos de las historiografías de los cuatro nacionalismos que han tenido un peso condicionante o determinante, según el caso y el momento, en la España contemporánea. Se trata del nacionalismo español, por supuesto, y de los nacionalismos catalán, vasco y gallego. También habría que considerar las historiografías sobre las identidades de las demás comunidades autónomas del presente, pero ya sería otro tipo de análisis, porque no están marcadas por el ingrediente nacionalista con la misma fuerza. En todo caso, vayan por delante los dos rasgos que hoy caracterizan a la historiografía de los nacionalismos en España. Por un lado, tratan de explicar las singularidades sobre las que se asienta cada identidad nacional, y, por otro, se plantean con el afán de realizar tal indagación con una metodología científica. Ahora bien, los análisis e interpretaciones que aportan de ningún modo pueden ser aceptados como dogmas. Se trata de construcciones interpretativas que deben ser contextualizadas, y también discutidas, como parte del proceso de indagación propio de la historia como ciencia social.

A la búsqueda de certezas para el excepcionalismo nacional

Sabemos que la historia se desarrolló como ciencia social en el siglo XIX, en la era de las revoluciones liberales y del romanticismo, de modo que se organizó ante todo como un saber nacional y también como una disciplina que el Estado hizo obligatoria en el sistema educativo. Se le asignó la tarea de acercar el pasado a los ciudadanos, educarlos en una misma memoria y, por tanto, demostrar el carácter excepcional de esa identidad colectiva que justificaba la implantación de un Estado-nación como el baluarte y la plena realización de las singularidades y aspiraciones larvadas desde tiempo inmemoriales. Así, desde el siglo XIX, el historiador tuvo la tarea de seleccionar con un filtro patriótico los hechos del pasado para construir un relato sin fisuras, de modo que los datos históricos adquiriesen un significado de identificación individual y colectiva, y a la ofrecieran un proyecto de futuro. Así resultó que cada nación era excepcional, poseía un «*espíritu*» propio y requería un lealtad política que debía sobreponerse al resto de obligaciones sociales.

Estos resultados historiográficos se pueden comprobar en los manuales de historia elaborados desde el siglo XIX hasta el presente, sean de enseñanza secundaria, bachillerato o universitaria, y en las obras de carácter general pensadas para un amplio público. En tales obras predomina un idéntico sentir, que la respectiva nación o región, o incluso localidad, constituye una entidad compacta, con plurales y muy diversos ingredientes pero siempre conectados, a modo de crisis y con proyección teleológica, para llegar a nuestro presente. De este modo, unas fronteras históricamente muy recientes, y nunca bien definidas hasta el siglo XIX, se han convertido en lindes de una identidad tan cambiante como confusa o moldeable en sus contenidos. Ya hace muchos años que Pierre Vilar nos enseñó que todas las fronteras son históricas y móviles⁷, pero no se aplica esta premisa, sino que se estudian las naciones o las identidades culturales como realidades indivisibles, con unas lindes casi predeterminadas por una voluntad que pareciera divina. Por

5 Norbert ELIAS, *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento*, Barcelona, Península, 1990.

6 Para tales cuestiones, que aquí se aplican al historiador, ver la clásica obra de Peter BERGER y Thomas LUCKMANN, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976 (ed. or., 1966).

7 Pierre VILAR, *Iniciación al análisis del vocabulario histórico*, Barcelona, Crítica, 1980.

eso la complejidad de los procesos históricos se transforman en sencillos relatos de éxito moral, como si España, Cataluña, Galicia, Andalucía, Euskadi, Murcia o Extremadura fuesen la meta de una carrera en el tiempo donde cada corredor (los visigodos, los reyes de uno u otro territorio, los sublevados y rebeldes de una u otra época, los actores populares de diferentes adscripciones políticas...) pasara al siguiente equipo la antorcha de esa identidad tan compacta y homogénea que hace excepcional la trayectoria de una nación, de un pueblo, o de una cultura.

En resumen, en el siglo XIX se fraguaron los estereotipos de singularidad que desde entonces han vertebrado las identidades que dan soporte a los distintos nacionalismos que, sin duda, han marcado la historia contemporánea de España. Por un lado, el nacionalismo español se alimentó de modo especial de las visiones suministradas por románticos europeos; baste recordar el arquetipo de lo español que se expresó en *Carmen*, la obra de Mérimée cuyos tópicos persisten en el imaginario sobre el carácter de la nación española. Por otro lado, los distintos romanticismos peninsulares revalorizaron los rasgos excepcionales de cada pueblo y de cada cultura. En esas décadas se revitalizaron las literaturas en catalán, gallego y también en euskera. No hay que olvidar a este respecto el papel de los intelectuales republicanos, que rescataron la singularidad de la cultura popular, y, en general, difundieron los valores diferenciales de cada región o pueblo dentro de España. Pi y Margall fue, en este sentido, un adalid de la divulgación de las bellezas artísticas y de los monumentos y patrimonio cultural amasados en cada rincón de la Península por los diferentes pueblos españoles.

En consecuencia, también en el siglo XIX se establecieron los contornos de las diferentes historias nacionales. Sin afán de exhaustividad, del nacionalismo español baste recordar la magna obra de Modesto Lafuente, cuyos sucesivos volúmenes comenzaron a ser editados a partir de 1850, y en la que se perfilaron las pautas interpretativas que se hicieron perdurables en la posterior historiografía sobre la nación española⁸. Ahora bien, eso no solo ocurrió por lo que se refiere al nacionalismo español. Simultáneamente se estaban fraguando otras historiografías. En concreto, Pau Piferrer, en la temprana fecha de 1839, ya había establecido el paradigma básico de la historia nacional de Cataluña, luego consolidado en las décadas de 1860 y 1870 por las respectivas historias publicadas por Víctor Balaguer y Antoni Bofarull⁹. También cuajó con el romanticismo la elaboración de una historia unitaria de Galicia, ceñida a las lindes que tenía como región en el siglo XIX, en la temprana fecha de 1838. Este año el miembro de la Real Academia de la Historia, José Verea y Aguiar, inauguró la fórmula con su *Historia de Galicia*, cuya doble finalidad de «patriotismo y amor a la verdad histórica» proclamó sin ambigüedades. Pensaba que la historia tenía que servir para explicar la existencia de una tierra, y por eso reclamaba una historia propia Galicia, porque consideraba que su tierra estaba olvidada por los historiadores españoles¹⁰. Le siguieron las historias generales de Galicia de Martínez Padín (1848) y Benito Vicetto (1865), cuyos planteamientos regionalistas devinieron en nacionalismo con la *Historia de Galicia* que comenzó a publicar Manuel M. Murguía en 1865 y terminó en 1911, con sucesivos volúmenes¹¹. Sin embargo, por lo que se refiere al País Vasco, existía una tradición historiográfica propia que se remontaba a la Edad Media, pues ya entonces las relaciones del Señorío de Vizcaya con la Corona castellana, más la singularidad de la lengua, se convirtieron en mitos anudados en torno al tubalismo, la hidalguía colectiva y el arraigo natural del Fuero. Se constituyeron en tempranos baluartes de una independencia a la que revistieron de una épica de insumisión constante del vasco frente a otros pueblos. Esa tradición adquirió un nuevo rango historiográfico en el siglo XIX con las obras Juan Antonio Zamácola (1818), Pedro Novia de Salcedo (elaborada entre 1812 y 1829, aunque publicada en 1851) y sobre todo con la del vascofrancés Augustin Chaho (1836).

En todo caso, conviene subrayar que tales historiografías eran parte de un fenómeno más amplio de regionalismo y de culturas políticas diferenciadas en cada uno de los reinos o demarcaciones institucionales que formaban la Monarquía hispánica del Antiguo Régimen. Semejante sustrato

8 Un estudio del pensamiento de M. Lafuente en Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, *Modesto Lafuente. Discurso preliminar a Historia General de España*, Pamplona, Ugoiti editores, 2002, Estudio preliminar, p. V-XCVII. Además, para el desarrollo institucional de la historiografía en la España liberal son imprescindibles las obras de Ignacio PEIRÓ, *Los guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995; Ignacio PEIRÓ y Gonzalo PASAMAR, *La Escuela Superior de Diplomática (Los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Madrid, ANABAD, 1996.

9 Ver la síntesis más reciente de Jaume CLARET y Manuel SANTIRSO, *La construcción del catalanismo. Historia de un afán político*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2014; también Roberto FERNÁNDEZ, *Cataluña y el absolutismo borbónico. Historia y política*, Barcelona, Crítica, 2014, en especial el capítulo 5, p. 271-347; y, en general para los distintos nacionalismos, es imprescindible la obra de José Luis DE LA GRANJA, Justo BERAMENDI y Pere ANGUERA, *La España de los nacionalismos y las autonomías*, Madrid, Síntesis, 2001.

10 Ver las referencias en Beatriz DÍAZ SANTANA, «Los celtas y la historia», *Cuadernos de Estudios Gallegos*, tomo XLVIII, fascículo 114, 2001, p. 181-213.

11 Ramón MÁIZ, «Raza y mito céltico en los orígenes del nacionalismo gallego: Manuel M. Murguía», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 25, 1984, p. 137-180.

fue transformado por el romanticismo y el liberalismo en identidades culturales, con poder de legitimación histórica para unas u otras propuestas políticas, sobre todo a partir del último tercio del siglo XIX¹². En efecto, en las décadas bisagra del siglo XIX al XX, surgieron novedades sociopolíticas de tal calibre que cambiaron la ruta del proceso de implantación del nacionalismo español. Ante todo, el creciente despegue de ideologías obreristas cambió la percepción de la patria, concebida y planteada de forma contraria a como la dirigían y organizaban unas clases propietarias que, no hay que olvidarlo, contaban no solo con el monopolio del Estado sino también con el apoyo de las jerarquías militares y eclesiásticas. En paralelo, los republicanos comenzaron a reagruparse desde principios del siglo XX y rescataron propuestas de un Estado diferente y alternativo al centralismo oligárquico dominante.

Lo más decisivo, por lo que se refiere al objeto de este análisis, consistió en la fuerza inusitada con la que, desde los inicios del siglo XX, primero el nacionalismo catalán y luego el vasco, seguidos luego por el gallego, irrumpieron en el panorama del nacionalismo español. Se presentaron con programas y contenidos que trataban de parangonarse, si no enfrentarse, con ese nacionalismo español representado por el Estado. Además, estos nacionalismos emergentes establecieron fronteras organizativas y de acción colectiva inéditas hasta entonces. Simultáneamente la crisis del 98 actuó de catalizador de un nacionalismo español que reforzó las esencias de identidad pretendidamente eternas, y definitivamente elevó a Castilla al rango de eje vertebrador de la España intemporal. De este modo, desde principios del siglo XX, Castilla y el idioma castellano se convirtieron en sustancia y orgullo patriótico para unos, y en opresión y avasallamiento para otros.

Conviene subrayar, por otra parte, que aquel concepto de España que entre 1808 y 1812 había servido de modo revolucionario para forjar una patria de ciudadanos libres e iguales, ahora, al cabo de un siglo, se convertía en parapeto de los grupos dominantes contra las aspiraciones democráticas populares, y contra los programas sociales de los republicanos y de los socialistas. Se enarbolaron metas de unidad nacional para torpedear las reivindicaciones obreras y campesinas, consideradas disolventes y antipatrióticas. También para que las clases populares no siguieran los mensajes de los nacionalismos catalán y vasco. En cualquier caso, los nacionalismos entraron en la contienda cultural y política, y desde entonces han marcado en gran medida la historia de la sociedad española.

En ese contexto, durante el primer tercio del siglo XX, se consolidaron en España las diferentes historiografías nacionales y nacionalistas. Dieron respuesta a las inquietudes políticas antes enunciadas, las propias de aquellos años de irrupción de las masas en la historia, pero también hay que subrayar que en la mayor parte de las obras se colocó como frontispicio el afán científico como norma metodológica para demostrar la excepcionalidad de la respectiva identidad nacional. Los más importantes historiadores elaboraron explicaciones en las que la historia, junto a la lengua y la cultura, demostraba la naturaleza diferente y los rasgos absolutamente originales de cada nación o pueblo. Ahora bien, llegados a este punto, es necesario diferenciar entre historiografía nacional e historiografía nacionalista. Si en la primera caben todas las obras que estudian el pasado de una nación, por supuesto desde las diferentes inquietudes de cada historiador, sin embargo en la segunda se trata de obras que conciben el pasado como semilla del presente y, por tanto, como la justificación del futuro al que aspira, más o menos explícitamente, el correspondiente autor. No es fácil el deslinde del carácter de unos u otros autores, o de unas u otras obras, ni tampoco se desglosará en cada caso en estas páginas, pero es necesario subrayar ese factor para comprender la dialéctica de historiografías y nacionalismos cuyo impacto ha irradiado desde entonces a importantes áreas de la cultura española, más allá del espacio estrictamente académico.

En ese sentido, hay que destacar el innovador programa nacional de organización de la ciencia inaugurado por la Junta para la Ampliación de Estudios en 1907, dentro del cual se creó el Centro de Estudios Históricos en 1910 con un plan de investigación cultural específicamente español. Así, bajo la dirección de Menéndez Pidal, con figuras como Sánchez Albornoz, Américo Castro, Deleito y Piñuela, Gómez-Moreno y R. Altamira, entre otros, se constituyó una auténtica plataforma de investigaciones sobre la historia y la cultura española, con el castellano como idioma nacional,

12 Sobre las distintas expresiones literarias de la idea cultural de región hay que recordar obras como las de José María ENGUITA y José-Carlos MAINER (eds.), *Literaturas regionales en España. Historia y crítica*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994; también la faceta concreta y una perspectiva original en Toni DORCA, *Volverás a la región: el cronotipo idílico en la novela española del siglo XIX*, Madrid, Iberoamericana, 2004; y la perspectiva general en Leonardo ROMERO TOBAR (coord.), *Historia de la literatura española. Siglo XIX (II)*, Madrid, Espasa Calpe, 1998; y en Cecilio ALONSO, *Historia de la literatura española, 5: Siglo XIX (Hacia una literatura nacional, 1808-1898)*, Barcelona, Crítica, 2010. Por lo que se refiere a sus expresiones políticas, baste recordar la reciente síntesis de Justo BERAMENDI, «Identidades/culturas políticas de regionalismos y nacionalismos subestatales (1875-1936)», en Carlos FORCADELL y Manuel SUÁREZ CORTINA (coords.), *La Restauración y la República, 1874-1936*, Madrid-Zaragoza, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2015, p. 377-402.

pues se crearon secciones, por ejemplo, de estudios semíticos o de instituciones de la «España musulmana», pero de ningún modo de las culturas catalana, vasca y gallega¹³.

Significativamente por esos mismos años, en 1907, la Diputación de Barcelona, bajo el mandato de Prat de la Riba, creó el Instituto de Estudios Catalanes y encomendó su presidencia al historiador Antoni Rubió i Lluch, con la idea de recuperar el peso de la cultura catalana no solo en los ámbitos lingüístico y literario, sino también de plantear con criterios de catalanidad el desarrollo de distintas disciplinas científicas como la Historia, la Arqueología, la Filosofía y las Ciencias Sociales. Ahí desarrollaron su labor figuras sobresalientes como Josep Pijoan, Pompeu Fabra, Pere Coromines y Puig i Cadalfach, entre otros¹⁴. En lo referido a la historiografía catalana, destacaron las obras de Rovira i Virgili y de Ferran Soldevila. Ambos trataron de aportar asideros científicos a las pautas historiográficas planteadas desde el romanticismo decimonónico.

Rovira i Virgili, activo militante del catalanismo republicano, comenzó a publicar en 1922 el primer volumen de una obra significativamente titulada *Història nacional de Catalunya*, cuyo séptimo y último tomo, que solo llegaba hasta la muerte de Felipe III (Felipe II de Aragón, 1621), salió a la luz en 1934 y se vio interrumpida por la Guerra Civil y el posterior exilio. Abarcaba los países de habla catalana y estructuró la obra con periodos cuyos enunciados indicaban por sí solos el hilo conductor del relato. Comenzaba con la Cataluña prehistórica, romana, visigótica, sarracena y condal, etapas valoradas como los cimientos que fraguaron la Cataluña «nacional» de fines del siglo XII hasta Jaime I. Consideraba que a continuación se había desarrollado una «Catalunya imperial», desde Pedro el Grande hasta el interregno de Caspe, para luego decaer en una fase de Cataluña «menguante» bajo Fernando I y Fernando II que, sin embargo, se mantuvo como «autónoma» con los Austrias, hasta la llegada del primer Borbón. El plan previsto se continuaba con «La Catalunya desnacionalizada», pues así calificaba la etapa que va desde el decreto de Nueva Planta hasta la guerra contra Napoleón, y había previsto como etapa siguiente «La Catalunya renaixent», que duraba hasta el fin del siglo XIX, para terminar en «La Catalunya renacionalitzada», ya entrado el siglo XX, con el movimiento por el Estatuto¹⁵.

Por esas mismas fechas, Francesc Cambó, líder de la Liga Regionalista, encargaba a Ferran Soldevila la elaboración de una *Història de Catalunya*, cuyos tres volúmenes vieron la luz en 1934 y 1935. El empeño estuvo claro en el propio encargo: destacar los hechos diferenciales porque, si no había diferencias en cada época, sobre todo con respecto a Castilla, no se podría demostrar la identidad específica de lo catalán. De este modo, entre Rovira y Soldevila se fabricaron las definitivas diferencias entre Cataluña y Castilla, se anudaron los argumentos y las emociones que justificaron la pasión por ensalzar la unidad originaria de un país y enfatizar el valor de unos hechos y unos personajes cuyos rasgos nada tenían en común con lo foráneo¹⁶.

En el País Vasco fueron las Diputaciones de Álava, Bizkaia, Gipuzkoa y Navarra las que crearon en 1918 la Sociedad de Estudios Vascos (*Eusko Ikaskuntza*), con unos fines explícitos de «amor a Vasconia» y de apoyo a la cultura y la ciencia en euskara. La primera tarea consistió en organizar la Academia de la Lengua Vasca (*Euskaltzaindia*), y promover los primeros textos escolares en este idioma. Destacaron intelectuales como José Miguel de Barandiarán, Telesforo de Aranzadi, Juan Zaragüeta, Arturo Campión y José M.^a Aguirre (*Lizardi*), con un amplio abanico de personalidades de muy distinta ideología política, pues hubo carlistas, liberales y nacionalistas, que coincidían en definirse como «vasquistas»¹⁷.

Por supuesto, también la historia se colocó en el centro de atención de las diferentes elaboraciones ideológicas del nacionalismo vasco, eso sí, con importantes dosis de mitos y mixtificaciones del pasado. En esa tarea, tal y como ha subrayado Manuel Montero, no se puede obviar el papel de políticos como Sabino Arana, con sus «fantasías históricas», o esas otras «fantasías» difundidas en sentido totalmente contrario por las obras de Ybarra y Bergé¹⁸. No entrarían en la clasificación de historiadores, tal y como hoy los entendemos profesionalmente, pero lo cierto es que sus obras referidas al pasado vasco contribuyeron poderosamente a configurar los mitos del nacionalismo *euskaldun*¹⁹. Del mismo modo, la erudición aportada por el sacerdote Estanislao

13 José M.^a LÓPEZ SÁNCHEZ, *Heterodoxos españoles: el Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*, Madrid, Marcial Pons-CSIC, 2006.

14 Albert BALCELLS, Enric PUJOL y Santiago IZQUIERDO, *Història de l'Institut d'Estudis Catalans*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2002-2007, 2 vols.

15 Ver Jaume SOBREQUÉS I CALLICÓ, *Antoni Rovira i Virgili. Història i pensament polític*, Barcelona, Curial Edicions Catalanes, 2002.

16 Horst HINA, *Castilla y Cataluña en el debate cultural. 1714-1939*, Barcelona, Península, 1986.

17 Idoia ESTORNÉS ZUBIZARRETA, *La Sociedad de Estudios Vascos: aportación de Eusko-Ikaskuntza a la cultura vasca (1918-1936)*, San Sebastián, Sociedad de Estudios Vascos, 1983.

18 Manuel MONTERO GARCÍA, «La invención del pasado en la tradición historiográfica vasca», *Historia Contemporánea*, n.º 7, 1992, p. 283-296.

19 Un balance imprescindible en Joseba AGIRREAZKUENAGA ZIGORRAGA, «La tradición historiográfica vasca: su desarrollo en el marco de las ciencias sociales», *Historia Contemporánea*, n.º 7, 1992, p. 257-281.

Jaime de Labayru y Goicoechea en su monumental *Historia general del Señorío de Bizcaya*, publicada entre 1895 y 1903, aunque no fuese de fácil lectura, contribuyó sin duda a precisar y consolidar los tópicos sobre la organización y costumbres propias de la sociedad vasca.

El hecho es que, sin detallar las fábulas con las que se interpretó el pasado de los vascos, la historia se utilizó para avalar el mito del pueblo vasco como comunidad indivisa, nunca invadido por otro pueblo y ese recurso a la legitimación histórica persiste en la visión que ofrece del pasado el actual Partido Nacionalista Vasco, que no solo mantiene la versión de la milenaria antigüedad de los vascos, aunque despojada de ciertas exageraciones míticas, sino que convierte el fuero en la expresión de una soberanía originaria contra «la opresión española»²⁰, pensamiento que persiste hasta la actualidad.

En Galicia la iniciativa de organizar un plan de investigación nacional fue un poco más tardía y no contó con los mismos apoyos institucionales que en las otras nacionalidades. Tuvo lugar en 1923, cuando se creó el *Seminario de Estudos Galegos*, dedicado a las investigaciones sobre la realidad gallega en todas sus manifestaciones, lógicamente con la idea de desarrollar las ciencias en el idioma gallego²¹. Fue iniciativa de unos jóvenes intelectuales reclutados por Antón Losada Diéguez, entre los que destacaron Fermín Bouza Brey y Lois Tobío, y a los que se sumaron figuras como Otero Pedrayo, Vicente Risco y la extraordinaria personalidad de Castelao. Los trabajos de este *Seminario* fueron publicados a través de la revista *Nós*, hasta 1936, con un protagonismo indudable en la normalización del idioma gallego y una especial atención a la investigación histórica, concebida con afán de objetividad positivista para superar, se pensaba, los esquemas y planteamientos románticos previos.

En efecto, desde la obra de Leandro de Saralegui y Medina de 1894 (*La época céltica en Galicia*), hasta la *Edade do ferro na Galiza* de Florentino López Cuevillas, publicada en 1925, se produjo un cambio importante, pues en este último autor la identidad étnica comenzó a ser argumentada desde metodologías positivistas. Ese año de 1925 era justo el momento de la *Xeración Nós*, cuando comenzaba a plantearse la historia con la cobertura de objetividad que parecía conceder el positivismo. Sin embargo, persistía en las investigaciones la necesidad de demostrar las diferencias de Galicia con el resto de España, sobre todo con Castilla. Cierto que el celtismo comenzó a ser cuestionado y situado en sus justos términos, pero su expansión como referente de identidad en amplios niveles sociales hizo tan popular el mito de los celtas como origen étnico de los gallegos, que persiste como creencia arraigada hasta el presente²².

En conclusión, en el primer tercio del siglo XX se desarrollaron programas de investigación nacional que otorgaron anclajes científicos a los estudios impulsados por los respectivos nacionalismos existentes, fuese el español con el Centro de Estudios Históricos bajo el patrocinio del Estado, o las iniciativas mencionadas para los nacionalismos catalán, vasco y gallego. En todos los casos, el respectivo nacionalismo marcó el rumbo de las investigaciones históricas y culturales. Historiadores, literatos, periodistas, intelectuales en general, profundizaron en las diferentes dimensiones del desarrollo de esa nación que les preocupaba, de modo que, con independencia de que tuviesen querencias nacionalistas, más o menos explícitas, fue general el propósito de enfatizar los rasgos que marcaban la excepcionalidad de cada cultura y, por supuesto, con el aval de estar haciéndolo con una metodología que se proclamaba científica.

Entre la legitimación del presente y la desmitificación del pasado

La dictadura de Franco amputó no solo el desarrollo de las citadas historiografías nacionales, sino que afectó a todas las ciencias sociales al tratar de someterlas al dogma católico y a la ideología oficial²³. Ahora bien, la figura y la obra de Vicens Vives se sobrepusieron sobre tales condicionantes y dieron un giro historiográfico de repercusiones tan indudables como imprescindibles para comprender el resurgir de la ciencia histórica a partir de las décadas de los

20 Manuel MONTERO, «Las sagas del pasado vasco en la interpretación nacionalista de la historia», *Historia Contemporánea*, n.º 33, 2006, p. 741-768, y «La historia y el nacionalismo la visión del pasado en el Partido Nacionalista Vasco, 1976-2005», *Historia Contemporánea*, n.º 30, 2005, p. 247-276.

21 Alfonso MATO GONZÁLEZ, *O Seminario de Estudos Galegos*, Sada-A Coruña, Edición do Castro, 2001.

22 Xosé R. BARREIRO FERNÁNDEZ, «A Historia da Historia. Aproximación a una historiografía galega: de Murguía a Risco», en Justo G. BERAMENDI (coord.), *Galicia e a Historiografía*, Coruña, Tórculo Edicións, 1993, p. 183-209; y Justo G. BERAMENDI y Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS, *O nacionalismo galego*, Vigo, Edicións A Nosa Terra, 1995.

23 Son investigaciones imprescindibles sobre la historiografía las de Gonzalo PASAMAR, *Historiografía e ideología en la posguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, Premsas Universitarias de Zaragoza, 1991; y Miquel MARÍN GELABERT, *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975: la historia local al servicio de la patria*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2005. Y, en general, para las ciencias bajo la dictadura, las investigaciones de Jaume CLARET, *El atroz desmoche. La destrucción de la universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Crítica, 2006; y Luis E. OTERO CARVAJAL (coord.), *La destrucción de la ciencia en España: depuración universitaria en el franquismo*, Madrid, Editorial Complutense, 2006.

60 y 70 del pasado siglo XX²⁴. También por lo que se refiere a las historiografías sobre la cuestión nacional. Son cuestiones suficientemente analizadas²⁵, que, por tanto, se pueden obviar en el presente estudio, pues el objetivo es analizar dichas historiografías en los años de la democracia. Se puede afirmar que, desde la década de 1980, la historiografía española ya se encuentra situada en plena sintonía con el resto de los países occidentales, como así también ha ocurrido en los diferentes ámbitos de la vida social y cultural²⁶.

Semejante situación no solo obliga a replantearse historiográficamente las mimbres que constituyen las posibles identidades nacionales en España, sino que también afectaría a los retos que surgen de la integración en la Unión Europea²⁷. En todo caso, es evidente el enorme valor y peso que despliega el conflicto de identidades en la España actual, hasta tal punto que en las dos últimas décadas la cuestión nacional se ha convertido en un asunto estelar de nuestra historiografía. Conviene esbozar los factores explicativos de tal pujanza. Ante todo, hay que recordar que la eclosión de los estudios autonómicos y locales marcó la historiografía española de la década de 1980. A esto siguió desde 1995 en adelante un nuevo paso, la atracción por el estudio de las identidades nacionales y de sus correspondientes discursos nacionalistas.

Sin duda, la nueva organización del Estado de las Autonomías en la década de 1980 no solo supuso nuevas partidas de recursos públicos para investigar en las respectivas comunidades autónomas, sino que además estimuló un mercado propio editorial. A esto se sumó que en el sistema educativo se estipuló la enseñanza de las ciencias sociales tomando como objeto los diferentes espacios autonómicos. Además, hubo otra causa también de carácter institucional, el renovado protagonismo que, tras cuarenta años de dictadura, adquirieron los ayuntamientos tras las primeras elecciones democráticas celebradas en 1979. La cultura se convirtió en un decisivo estandarte de los nuevos poderes locales. Fomentaron, en consecuencia, la historia local con fines divulgativos, de extensión cultural y también con propósitos de ajustar ciertas señas de identidad local en la respectiva población.

También se desarrollaron factores vinculados específicamente a la vida académica. Ante todo, el atractivo indudable que ofrecía la propia historia de España, inédita en la fabulosa riqueza de sus archivos y con un notorio retraso tras una dictadura empobrecedora. Así, investigar la sociedad española en sus diversas facetas y territorios era tan importante como urgente y las monografías de contenido local ofrecían, a su vez, la ocasión para aplicar la renovación metodológica que ya existía en otros países europeos²⁸. La historiografía local y regional han dado resultados brillantes desde entonces. Primero, en los inicios de los años ochenta, se publicaron síntesis que sirvieron de referente para impulsar las investigaciones, como fueron los ejemplos de la historia de Cataluña dirigida por Pierre Vilar, la de Castilla y León coordinada por Julio Valdeón, la del País Valenciano dirigida por Pedro Ruiz, la de Galicia por Ramón Villares, o la de Murcia por Teresa Pérez Picazo; o también los congresos cuyas actas recopilaron las investigaciones sobre Andalucía, sobre Castilla-La Mancha o incluso sobre Madrid, abrieron nuevas perspectivas historiográficas. Posteriormente, la pléyade de monografías de contenido local o regional es tan importante que hace imposible la lista de las más destacables, porque, sin duda, este tipo de investigación ha sido el modo de iniciación de la mayoría de los historiadores universitarios hoy existentes.

En este sentido cabe subrayar que las diferentes historiografías sobre los nacionalismos experimentaron ya en la década de 1980 un desarrollo significativo, con investigaciones que mayoritariamente despojaron de mitos la supuesta excepcionalidad de cada nación. En concreto, para el nacionalismo español fueron pioneros los estudios de José M.^a Jover y P. Cirujano, T. Elorriaga y J.S. Pérez Garzón²⁹. Posteriormente las investigaciones sobre el nacionalismo español experimentaron un auge insólito desde 1995 en adelante, fruto probablemente del cambio

24 Para un balance de los significados e impactos de Vicens, ver el trabajo de Óscar ADELL RALFAS, «El “Año Vicens Vives”: reflexiones en torno a una conmemoración», *Historiografías*, n.º 1, primavera de 2011, p. 95-110.

25 Baste remitirse al estudio y a las referencias que se publican como introducción en Gonzalo PASAMAR e Ignacio PEIRÓ MARTÍN, *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002, p. 15-30.

26 J. Sisinio PÉREZ GARZÓN, «La historiografía en España. Quiebras y retos ante el siglo XXI», en Salustiano DEL CAMPO y José Félix TEZANOS (dirs.), *España Siglo XXI*, vol. 5: *Literatura y Bellas Artes*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009, p. 223-260; y para el conjunto de la realidad española, conviene reiterar como referencia básica las investigaciones recogidas en la obra citada de Juan J. GONZÁLEZ y Miguel REQUENA (eds.), *Tres décadas de cambio...*

27 Juan J. CARRERAS ARES, «De la compañía a la soledad. El entorno europeo de los nacionalismos peninsulares», en Carlos FORCADELL (coord.), *Nacionalismo e Historia*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998, p. 7-27.

28 Baste referenciar dos reflexiones a modo de balances: Carlos FORCADELL, «La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea: la historia regional/local y el temor a la síntesis», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, n.º 13-14, 1995-1996, p. 7-27; y Justo SERNA y A. PONS, «En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis», *Contribuciones desde Coatepec*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, enero-junio de 2003.

29 José M.^a JOVER ZAMORA, «Caracteres del nacionalismo español, 1854-1874», en *Actas del Simposio sobre posibilidades y límites de una historiografía nacional*, Madrid, 8-12 de marzo de 1983, Madrid, Instituto Germano-Español de Investigación de la Goerres-Gesellschaft, p. 355-374; Paloma CIRUJANO, Teresa ELORRIAGA y J. Sisinio PÉREZ GARZÓN, *Historiografía y nacionalismo español (1834-1868)*, Madrid, CSIC, 1985.

de coyuntura política en España. La llegada del Partido Popular a los Gobiernos de España y de bastantes comunidades autónomas supuso un giro ideológico que afectó a los contenidos de historia que se impartían en el sistema educativo. Esto se reforzó en el año 2000 con la mayoría absoluta del Partido Popular, que claramente se planteó una «re-españolización» cultural, con la consiguiente respuesta de otros nacionalismos. Este proceso adquirió nuevos refuerzos, de uno y otro signo, cuando la subida del PSOE al Gobierno en 2004 supuso la elaboración de un nuevo Estatuto para Cataluña, con el subsiguiente rosario de reformas miméticas de los demás Estatutos de Autonomía.

Semejantes realidades suscitaron una fuerte atracción por conocer el proceso de construcción de la nación y del nacionalismo español, con sus respectivos relatos y elaboraciones identitarias. El resultado ha sido espectacular en cantidad y calidad de investigaciones, de tal modo que se ha cambiado radicalmente el conocimiento y los significados del nacionalismo español en sus más diversas manifestaciones y contenidos sociopolíticos y culturales. De tan prolífica producción, cuya enumeración bibliográfica sería improductiva y siempre incompleta, cabe señalar las obras que podrían considerarse más significativas por lo que aportan a la reinterpretación del proceso de construcción del Estado-nación en España. Eso sí, con la seguridad de ser injustos con otras investigaciones, pues, a los efectos de este estudio, se limita el análisis a solo cuatro libros que podrían ser ejemplares al respecto.

El primero en cuestión, publicado justo con el arranque del nuevo milenio, fue la obra de J. Álvarez Junco, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX* (2001). Su investigación atacaba directamente el esencialismo romántico de la España perfilada en las distintas vertientes de esa historiografía nacional que había transcurrido entre Modesto Lafuente y Sánchez Albornoz. Liberó la idea de España de esa necesidad de remontarla a fechas remotas para hacerla más fuerte y más antigua que las demás naciones. De hecho, en sus capítulos iniciales, dedicados a las edades Media y Moderna, desmontó la existencia de una identidad española en aquellos siglos, pues consideraba que la nación española no existía antes del proceso histórico que la organizó como tal. En este sentido, sostiene la tesis de que el nacionalismo español se expresó por primera vez y de forma rotunda en la movilización contra Napoleón en 1808, y que la consiguiente organización de España como nación política fue obra de los liberales reunidos en las Cortes de Cádiz. Y además, estos no entraron a definir unos contenidos esencialistas y culturales rotundos, aunque dieron por supuesta la lengua o aceptaron la religión católica. Desde entonces, según se plantea en la obra de Álvarez Junco, el nacionalismo español se desarrolló sobre todo por obra de unas elites urbanas y desde instancias estatales, lo que supuso importantes carencias en la necesaria «nacionalización de las masas». Por supuesto el desglose de estas realidades y de sus factores condicionantes, tal y como son analizadas e interpretadas por Álvarez Junco, pueden ser motivo de debate, pero ya se desbordaría el objetivo de estas páginas.

Al poco tiempo se publicó la obra de Santos Juliá, *Historia de las dos Españas* (2004), una historia intelectual y, por tanto, una historia política de las ideas y de las ideologías, de los relatos que, en definitiva, construyeron los intelectuales sobre la nación y el pueblo español, desde las Cortes de Cádiz hasta el final del franquismo. Se planteaba también como un debate historiográfico sobre la dialéctica entre el proceso de modernización cultural de la sociedad española, por un lado, y, por otro, las debilidades y fortalezas de la implantación de un Estado nacional, cuyo acta de nacimiento entre 1808 y 1814 ya alumbró el conflicto no de dos Españas, sino de las más de dos Españas que recorren nuestra contemporaneidad. El título quizás le robe contenidos a un trabajo que va mucho más allá de esa etiqueta de «las dos Españas», pues esa divisoria está zanjada para el autor desde la década de 1960, de modo que la transición a la democracia habría clausurado el esquema de las dos Españas para inaugurar un nuevo relato de convivencia integradora.

Complementaria para ambas investigaciones es la posterior obra colectiva de J. Álvarez Junco, Gregorio de la Fuente, Carolyn Boyd y Edward Baker sobre *Las historias de España* (2013)³⁰. Bastarían las 25 páginas que recogen en este libro la bibliografía relativa al nacionalismo español, ordenada por épocas, para demostrar el enorme desarrollo de las investigaciones sobre la idea y la realidad de la nación española. Se referencian unos 500 trabajos de los que prácticamente todos, menos un escasísimo porcentaje, están publicados después de 1980; más significativo aún, más de dos tercios de esos estudios están realizados entre 1995 y 2012. El análisis de tales obras exigiría de por sí una investigación específica, porque albergan una pluralidad de interpretaciones, de las que, en todo caso, hay que resaltar un planteamiento mayoritario de distanciamiento crítico respecto a las perspectivas románticas y, por tanto, una escasa presencia de obras ideologizadas por la pasión nacionalista. Forman un alud de aportaciones concretas que han convertido la

30 José ÁLVAREZ JUNCO (coord.), Gregorio DE LA FUENTE MONGE, Carolyn BOYD y Edward BAKER, *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, Madrid-Barcelona, Marcial Pons-Crítica, 2013.

nación y el nacionalismo español en uno de los temas mejor investigados dentro del panorama académico actual. Un hecho que no puede comprenderse sino como parte de las inquietudes y problemas planteadas por las tensiones nacionalistas existentes desde finales del siglo XX en España, y también por el giro historiográfico hacia el estudio de los imaginarios colectivos, las identidades y los relatos con los que se representan las realidades sociales.

Es más, en esta obra se recogen y actualizan las investigaciones de Carolyn Boyd sobre los manuales para la enseñanza de la historia en los niveles de enseñanza primaria y secundaria (incluyendo el bachillerato) desde el siglo XIX hasta el presente. Se subraya el papel de la Historia como disciplina central en el plan de estudios de las escuelas desde la España liberal hasta la España democrática, pasando por la España de la dictadura de Primo, la España republicana y los fórceps con que trató de amputar el pasado la dictadura de Franco. En los diferentes momentos se puso de manifiesto el interés de todo Gobierno por la enseñanza de la historia, al ser valorada como el resorte decisivo para la construcción de una determinada identidad nacional. Y ese debate se ha prolongado hasta la actual España democrática. En este sentido, este capítulo de más de 120 páginas de Carolyn Boyd, así como el otro amplio capítulo de Edward Baker sobre «La cultura conmemorativa», constituyen dos aportaciones tan críticas como enriquecedoras, pues confirman que la historiografía del nacionalismo español puede exhibir como característica una constante autocrítica en todas las facetas de su actuación.

Por último, existe un cuarto libro que puede ser considerado en gran medida un balance del estado actual de la historiografía del nacionalismo español. Se trata del libro colectivo editado también en 2013 y coordinado por tres de los más destacados especialistas en dicha temática, los profesores Antonio Morales, fallecido en 2015, Juan Pablo Fusi y Andrés de Blas³¹. Ante todo, quieren refutar a quienes niegan la existencia de la nación española, o la reducen «al mínimo de su densidad histórica». Piensan que esa idea se ha producido porque el nacionalismo español fue monopolizado durante cuarenta años por la dictadura de Franco. Por eso tratan de desmontar tal acoplamiento como un prejuicio que identifica la nación española con una dictadura, por más que esta haya usado España como coartada para la subyugación de la ciudadanía. Reconocen que tal idea existe en sectores nada desdeñables de la sociedad, y sobre todo de la intelectualidad. Rechazan, en consecuencia, la reducción del nacionalismo español a los significados que le otorgó la dictadura franquista, porque defienden que tal nacionalismo alberga, por el contrario, la riqueza y complejidad de contenidos propios de un largo y profundo proceso histórico.

Así, para contrarrestar esa perspectiva reduccionista, han logrado reunir en este libro una extensa nómina multidisciplinar de 50 especialistas, quienes, en un total de 1.200 páginas, más otras 200 de notas y bibliografía, exponen las distintas ideas de España desde la Edad Media hasta el presente, sin olvidar el peso de la perspectiva mitológica a lo largo de todas las épocas. Por supuesto, en ese análisis se incluyen las implicaciones ideológicas de esas diferentes ideas de España que se han manifestado en las muy dispares formulaciones del nacionalismo español. Lógicamente la obra recoge un abanico de planteamientos que, dentro de su pluralidad, convergen en torno a dos postulados historiográficos. El primero, el abandono, al menos en teoría, del tradicional enfoque esencialista que consideraba la nación como una realidad intemporal y una identidad perenne, ajena a los cambios sociopolíticos de cada época histórica. El segundo, aunque exigiría matizaciones para cada autor, se refiere al eclecticismo en el uso y estudio del concepto de nación, pues la mayoría de los autores optan por equilibrar sus análisis entre las diferentes teorías sobre la nación y el nacionalismo.

Hay que subrayar que los tres historiadores que han acometido la responsabilidad de la edición rechazan, por un lado, el esencialismo de una nación primigenia, y, por otro, se distancian de las teorías constructivistas que conciben la nación como una «invención» o una «comunidad imaginada», en claras referencias a las tesis de Eric Hobsbawm y Benedict Anderson. Sin embargo, a pesar de buscar el punto intermedio, terminan por situarse en la línea de Anthony D. Smith, un autor claramente cercano a las tesis esencialistas, pues concibe las naciones como comunidades inmemoriales y evolutivas «que hunden sus raíces en una larga historia de vínculos y lealtades compartidas». En definitiva, se oponen sobre todo a las tesis constructivistas y subrayan que España no es una invención política, porque les preocupa sobre manera demostrar que España no es un invento del siglo XIX. Eso no es óbice para reconocer que el proceso de construcción de España como nación hay elementos inventados o imaginados que, sin embargo, puesto que España es «comunidad viva», tienen efectos reales e indudables esos imaginarios que la refuerzan como «una categoría práctica, una forma institucionalizada y un suceso contingente»³².

31 Antonio MORALES MOYA, Juan Pablo FUSI AIZPURÚA y Andrés DE BLAS GUERRERO (dirs.), *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2013.

32 *Ibid.*, p. VIII.

Ahora bien, a pesar del énfasis en buscar el eclecticismo entre el esencialismo cultural y el constructivismo sociopolítico, el propio Antonio Morales, en uno de los capítulos del libro, se desmarca de esa inicial ambigüedad de la introducción para defender las teorías perennialistas como las «más idóneas» para explicar la historia de la nación española, aunque, de inmediato, hace un nuevo regate y afirma que los ingredientes de la nación no son datos «naturales sino fenómenos de orden político y social». No termina ahí, pues concluye con otro zigzag interpretativo al afirmar con rotundidad que, frente a las tesis de los Eric Hobsbawm, Benedict Anderson, Ernest Gellner y otros, de ningún modo el nacionalismo crea las naciones, sino que, por el contrario, las «viejas y continuas» naciones son anteriores a los nacionalismos³³.

Esta tesis defensora de esencias perennes se manifiesta con claridad cuando Antonio Morales explica que España como nación se cimenta en el factor peninsular, en una geografía que la separa del resto del continente, así como en la lengua castellana, dos fuerzas centrípetas que dan soporte a las tendencias políticas hacia la unidad, cuyo embrión unitario encuentra ya con claridad en el reinado de los Reyes Católicos. En conclusión, en palabras del citado Antonio Morales, España es el resultado de una «idiosincrasia cultural compartida... en un territorio propio o autónomo», cuya «continuidad esencial de vida, historia y cultura» se remonta a san Isidoro, se confirma con Lucas de Tuy y se manifiesta como una sola voz con los Reyes Católicos³⁴. ¿Acaso no resuenan no ya los ecos sino la copia directa del paradigma esencialista elaborado por Modesto Lafuente allá por 1850?

Por supuesto, es un libro que abre polémica y que no se encierra en posiciones unívocas o dogmáticas, pues la misma amplitud de las cuestiones y de los autores que se recogen en sus páginas supone un reto para seguir con las investigaciones de esos contenidos tan cambiantes que se albergan en los términos de nación, en general, y de España, en concreto. En este sentido, suponen visiones bien distintas las desarrolladas en sus respectivos capítulos por los profesores Álvarez Junco, Luis Castells, Ángel Duarte, Jacobo García Álvarez, Xavier Coller, Daniel Guerra, Santos Juliá, José-Carlos Mainer, Nicolás Ortega, Tomás Pérez Vejo o José M.^a Serrano Sanz, entre otros, por citar quizás los capítulos más significativos que se desmarcan de los planteamientos esencialistas del coordinador Antonio Morales y aportan conocimientos críticos sobre las múltiples facetas de lo que ciertamente ha sido, y es todavía, un complejo proceso de construcción nacional. Por otra parte, debido probablemente a la tendencia imperante en los últimos años de estudiar los relatos políticos y culturales antes que las estructuras socioeconómicas, el análisis de los factores económicos y de las realidades educativas del «pueblo español» queda en minoría. Sería la dimensión más decisiva para salir en encapsulamiento en los estudios, un tanto escolásticos, sobre los discursos, para bajar a las realidades socioeconómicas de los distintos actores históricos. Pero este punto no le resta calidad a la obra, porque nunca puede ser absolutamente completo un libro, máxime cuando su objeto, el *puzzle* del nacionalismo español, sigue abierto, como todo proceso histórico.

En efecto, la nación y el nacionalismo español siguen en construcción porque, entre otros factores determinantes, el nacionalismo catalán se ha desarrollado como fuerza política creciente con la España democrática, y además, en el último lustro, ha incrementado el rumbo independentista, bastante inédito por su amplitud. La historiografía es un buen indicador al respecto. Para comprender los anclajes metodológicos y los dilemas interpretativos sobre los que ha basculado la historiografía catalana puede resultar ilustrativo recordar la recensión que J. Vicens Vives realizó en 1935 de la *Història de Catalunya* de Ferran Soldevila³⁵. Lanzó, sin duda, en unas pocas páginas un programa alternativo de investigación de la historia de Cataluña. Para Vicens la obra de Soldevila «clausura una etapa de la nostra historiografia» con el mérito de recoger satisfactoriamente, a la altura de 1935, los mejores resultados de más de sesenta años de estudios e investigaciones eruditas; por eso valoraba entonces dicha obra como «punt de partida a tot esfoç futur per a reordenar el cabal històric de Catalunya»³⁶. Sin embargo, Vicens subrayaba que Soldevila había elaborado una historia no solo «nacional» («nacional quant a la valoració dels fenòmens històrics esdevinguts a Catalunya»), sino también «nacionalista, quant a llur interpretació actual i a les perspectives que ens ofereix»³⁷, de modo que Soldevila constreñía el pasado a una «perspectiva a la qual ha calgut sotmetre bona part de les dades d'informació recollides». Vicens concluía, por tanto, que «per això la seva síntesi [de Soldevila] no és altra cosa que una línia que, amb les seves corbes ascendents o descendents, condueix de la naixença de Catalunya al ressorgiment del segle XIX. Aquesta línia és

33 Antonio MORALES MOYA, «La nación española preconstitucional», en A. MORALES, J.P. FUSI y A. DE BLAS GUERRERO, *op. cit.*, p. 129-165 (las palabras entrecomilladas, en p. 130)

34 *Ibid.*, p. 129-135.

35 Era la reseña de la obra de Ferran SOLDEVILA, *Història de Catalunya*, Barcelona, Editorial Alpha, 1934-1935, recogida en Jaume VICENS VIVES, *Obra dispersa. Catalunya ahir i avui*, Barcelona, Editorial Vicens Vives, 1967, p. 314-320.

36 Jaume VICENS VIVES, *op. cit.*, p. 314.

37 *Ibid.*, p. 315.

la preocupació nacional, el neguiteig per a viure i per a triomfar, el dolor dels fracassos i l'esterilitat de les resistències. A cada moment Soldevila recorda la discrepància dels fenòmens que estudia del camí ideal que devia seguir la trajectòria proposada»³⁸.

Por el contrario, Vicens defendía que la historia de un pueblo no podía estudiarse ni investigarse para justificar los sentimientos del presente y, en consecuencia, «no es pot fer una història que respongui a l'actual sentiment del poble català, sigui aquest nacionalista o imperialista, sinó aquella història de les Catalunyes successives, tal com elles han viscut, sentit i interpretat el món total—econòmic, social, polític, jurídic, bèl·lic, religiós i cultural—en què s'han trobat col·locades»³⁹. La alternativa metodològica era clara: estava pendiente de realizarse la historia de las Cataluña's sucesivas. A ese planteamiento Vicens sumó la ampliación de sus perspectivas metodológicas en la década de 1950, sobre todo tras el contacto con la historiografía francesa, aglutinada en torno a la revista *Annales*⁴⁰. Sus propuestas a favor de una historiografía científica que superase el apriorismo nacionalista, y no se sometiera a la «defensa de una realidad nacional», dieron sus frutos a partir de la generación de discípulos de las décadas de 1960 y siguientes. Sin duda, la riqueza y pluralidad de las investigaciones históricas en Cataluña, e incluso en el conjunto de España, no se comprenden sin el impulso de la obra y de la personalidad de Vicens, que, entre otros factores coadyuvantes, marcaron un giro de apertura de horizontes metodológicos que repercutió en todas las especialidades históricas. En concreto, a partir de su obra y de la de sus discípulos más directos, Cataluña se situó a la cabeza de la historiografía española con unos resultados cuyo balance es apabullante en calidad y cantidad, tal y como se constata en uno de los más completos balances existentes hasta el momento⁴¹.

Sin embargo, en medio de ese esplendor de la historiografía catalana, en los últimos años ha reverdecido la idea de una identidad catalana, indivisa a lo largo de los tiempos, rescatando esquemas propios del romanticismo nacionalista, con tal incidencia que han tenido que levantar su voz dos cualificados historiadores, Josep Maria Fradera y Enric Ucelay, contra quienes de nuevo usan la historia para justificar una determinada política (no solo nacionalista, sino de cualquier signo). Literalmente han escrito: «Sometre la indagació crítica a les convencions dels interessos nacionals (o d'altres, establerts des de fora de la propia pràctica científica) és una concepció aliena a les practiques de la demostració filològica, de l'establiment d'hipòtesis raonables, de la formulació crítica de noves explicacions que son a la base de la disciplina como tal»⁴². ¿Acaso no resuenan importantes similitudes con la crítica y la alternativa que Vicens Vives planteó allá por 1935 frente a Ferran Soldevila, citadas en las páginas precedentes?

Esta cita es parte de la introducción con la que Josep Maria Fradera y Enric Ucelay editan en 2005 siete estudios en los que, con motivo del cincuenta aniversario de la publicación de *Noticia de Catalunya* por Vicens Vives en 1954, abordan una introspección crítica del desarrollo de la historiografía catalana en esas cinco décadas. Publicar semejante trabajo con cargo al *Centre de Cultura Contemporània de Barcelona*, con la participación de muy destacados historiadores, es síntoma, sin duda, de la fortaleza de esa misma historiografía⁴³. Todos los estudios recogidos tienen en sí mismos, tanto los de Miquel Barceló, James Amelang, Xavier Torras, J.M. Fradera y Joan-Lluís Marfany, sobre distintos aspectos de la historia catalana de las edades Media, Moderna y Contemporánea, como el de Albert García Balanyà que replantea las experiencias, conflictos y culturas políticas de la clase obrera catalana, despojándola de mitificaciones y de perspectivas militantes. Por lo que se refiere al objetivo de estas páginas, cabe destacar el análisis de Enric Ucelay da Cal. No solo desmonta el nacionalismo teleológico que subyace en determinados sectores historiográficos, sino que además apuesta con rotundidad por una metodología que, para ser efectivamente crítica, tendría que prescindir de apriorismos políticos de cualquier orden. Piensa que solo así el historiador evitaría la tendencia a construir relatos no sobre lo que ocurrió, sino sobre cómo debería haber sido el comportamiento de los agentes sociales en el pasado.

En este sentido, hay que subrayar cómo las investigaciones relacionadas con la derrota en 1714 del bando austracista en la guerra de Sucesión a la Corona hispánica han sacado a la luz no solo

³⁸ *Ibid.*, p. 316.

³⁹ *Ibid.*, p. 317.

⁴⁰ Para la trayectoria de Vicens, ver Josep M.ª MUÑOZ I LLORET, *Jaume Vicens i Vives (1910-1960). Una biografia intel·lectual*, Barcelona, Edicions 62, 1997; también Jaume AURELL, «Historiadores "románticos" e historiadores "científicos" en la historiografía catalana contemporánea: nacionalismo historiográfico y revisionismo generacional», *Memoria y civilización*, vol. 3, 2000, p. 237-273 [consultado en <http://hdl.handle.net/10171/9114>]; y el balance ya citado de Óscar ADELL RALFAS, «El "Año Vicens Vives"...».

⁴¹ Ver Antoni SIMÓN TARRÉS (dir.), *Tendències de la historiografia catalana*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2009.

⁴² Josep Maria FRADERA y Enric UCELAY DA CAL (eds), *Notícia nova de Catalunya: consideracions crítiques sobre la historiografia catalana als cinquanta anys de Notícia de Catalunya de Jaume Vicens i Vives*, Barcelona, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, 2005, p. 11.

⁴³ Ver la referencia bibliográfica citada en la nota anterior.

diferencias metodológicas e interpretativas, como es lógico y necesario en toda ciencia social, sino que han vuelto a resucitar las tentaciones presentistas contra las que luchó científicamente Vicens Vives desde 1935. En concreto, el nacionalismo catalán ha convertido la fecha de 1714 en el mito al que se remontan y sobre el que se justifican sus reivindicaciones independentistas; por eso tal fecha ha catalizado un aluvión de estudios de muy diverso signo. Todos a remolque del reclamo político de esa fecha, aunque unos lo hagan para contextualizar y desmontar el mito, otros para ratificar y exaltar sus significados nacionalistas, y otros traten de equilibrar posiciones donde quizás ven difícil la ecuanimidad científica pero consideran necesaria la templanza política o la necesidad de negociación en el presente. En cualquier caso, las posiciones políticas del presente han condicionado sobremanera unas y otras investigaciones, sin que eso sea obstáculo para que, con el pretexto de tal conmemoración, se haya ampliado notablemente el conocimiento de la complejidad de los procesos y agentes históricos que chocaron en aquel inicio del siglo XVIII en toda Europa.

El más completo balance bibliográfico de tales investigaciones ha sido realizado por Joaquim Nadal y Joaquim Albareda, dos historiadores también implicados en el estudio de ese mítico año de 1714. Sistematizan y analizan las aportaciones de historia local, de historia institucional, social y económica, así como las referencias existentes en obras más generales⁴⁴. Es un balance que, por otra parte, también toma partido, contra las idealizaciones simplificadoras fruto de cierto «maniqueísmo inadmisibles», representadas por Francesc Xavier Hernández⁴⁵, y también frente a la interpretación «en clave unionista», representada por «una obra de combate» coordinada por el historiador ya citado en páginas anteriores, Antonio Morales⁴⁶. Más significativo resulta, sin embargo, el planteamiento con el que critican la obra de Roberto Fernández⁴⁷. En efecto, este autor ha publicado una monografía sobre la existencia en Cataluña de un paradigma historiográfico filoaustracista desde el siglo XVIII hasta el presente, dentro del cual incluye directamente los planteamientos de Joaquim Nadal y las investigaciones de Joaquim Albareda, si bien R. Fernández matiza que estos lo desarrollan con influencias marxistas, lo que supone que ambos autores acaban integrando el paradigma catalanista dentro de propuestas más amplias de signo federalista.

Por su parte, J. Albareda incluye a R. Fernández en «un claro *parti-pris* que responde a una visión historiográfica, hegemónica en España [...] que da por supuestas las virtudes del absolutismo reformista»⁴⁸. Como argumento de autoridad recurre a Josep Fontana del que cita la exigencia que tienen los historiadores de ser capaces de «distinguir entre nuestro papel como ciudadanos, que es aquel en que debemos expresar nuestras opiniones políticas, y nuestra actividad como investigadores, donde debemos mantener la exigencia de rigor y la práctica de dar “exigencia de prueba”, conscientes de que todos nuestros resultados son provisionales, sujetos a la discusión colectiva y destinados a ser mejorados, o enmendados, cuando nuevas investigaciones aporten nuevo conocimiento»⁴⁹.

Ahora bien, Roberto Fernández también se apoya en la autoridad de Josep Fontana y plantea la misma dialéctica, para lo que recoge y reproduce estas otras palabras del maestro Fontana: «El papel del historiador hoy y siempre me parece que debería ser el mismo. No debe ser difundir ningún tipo de valores ni ideas, aunque lógicamente tenga los suyos. Su obligación es reconocerlo claramente y no dar a entender que está en una esfera neutral, en que puede hablar de los asuntos humanos sin estar implicado en ellos. Su papel es contribuir a despertar la conciencia crítica de la gente, ayudarla a que piense por su cuenta, a que no acepte ningún tipo de lavado de cerebro»⁵⁰. ¿Quizás constituya este caso una prueba más de que las diferencias políticas del presente determinan los debates historiográficos sobre el pasado, de tal modo que cada uno ve el sustrato ideológico en las obras de otros, por la muy dificultosa posibilidad de que el científico social se despoje de sus convicciones socioculturales?

En cualquier caso, tanto las sólidas investigaciones de Joaquim Albareda sobre los distintos procesos que catalizó la «Guerra de Sucesión», como el exhaustivo análisis historiográfico que Roberto Fernández realiza sobre las interpretaciones desarrolladas sobre dicha guerra en Cataluña, constituyen trabajos imprescindibles para comprender el entramado de conflictos

44 Joaquim NADAL I FARRERAS y Joaquim ALBAREDA, «Balance bibliográfico. La guerra de Sucesión revisitada. Actualidad de la Guerra de Sucesión», *Vínculos de Historia*, n.º 4, 2015, p. 373-386.

45 *Ibid.*, p. 380, donde analiza las obras de Francesc Xavier HERNÁNDEZ CARDONA, *Els exèrcits de Catalunya (1713-1714)*, Barcelona, Rafael Dalmau, 2007; también, *La Coronela de Barcelona (1705-1714)*, Barcelona, Rafael Dalmau, 2010; y F.X. HERNÁNDEZ CARDONA y M. FELIU TORRUELLA (coords.), *1714 a l'aula*, Barcelona, Graó, 2014.

46 Se trata de la obra de Antonio MORALES MOYA (comp.), *1714. Cataluña en la España del siglo XVIII*, Madrid, Cátedra, 2014.

47 Roberto FERNÁNDEZ, *Cataluña y el absolutismo borbónico. Historia y política*, Barcelona, Crítica, 2014.

48 Joaquim NADAL I FARRERAS y Joaquim ALBAREDA, *op. cit.*, p. 385.

49 *Ibid.*, p. 386, y la cita de J. FONTANA en el «Prólogo» a Antoni FURIÓ y Juan ROMERO (eds.), *Historia de las Españas. Una aproximación crítica*, Valencia, Tirant Humanidades, 2015.

50 Roberto FERNÁNDEZ, *Cataluña y el absolutismo borbónico. Historia y política, op. cit.*, en cuya p. 109 se recoge la cita de J. FONTANA, de *La Aventura de la Historia*, n.º 63, 2004.

de aquel momento histórico y sus posteriores impactos. Se constata en ambas obras cómo se lanzan preguntas al pasado desde sucesivos presentes, e incluso desde posiciones opuestas, para encontrar argumentos explicativos del respectivo presente o de la correspondiente posición. Además, en este caso se trata de dos historiadores que se han formado en una misma órbita historiográfica y metodológica, al amparo de las enseñanzas primero de Pierre Vilar y Vicens Vives, y luego de Josep Fontana y Ricardo García Cárcel. Sus diferencias no son metodológicas ni de concepto de historia, sino de interpretación, fruto de las dispares perspectivas con las que viven y perciben la «cuestión nacional» en Cataluña.

En este aspecto, aunque ambas obras se plantean con un afán de ecuanimidad analítica y rigor metodológico, no se puede olvidar que toda obra, en cuanto se publica, deja de ser propiedad del autor para ser de quien la lee. En consecuencia, de una misma obra se puedan realizar lecturas incluso contrapuestas, máxime cuando se trata de un asunto nacional que deviene nacionalista. Quizás sea el nacionalismo la faceta social que ahora mismo enciende pasiones que podrían equipararse a los sentimientos religiosos, en el sentido etimológico de religión, esto es, de «re-ligare» o sentirse uno atado a una determinada idea. Justo lo que se verifica en esos usos explícitamente políticos de la historia que tuvieron ocasión de expresarse cuando, con el apoyo pleno y categórico de la Generalitat, se convocó un congreso cuyo título era en sí mismo una declaración de militancia rotunda: «Espanya contra Catalunya». La tesis (¿o conclusión?) desde la que se planteaba tal encuentro académico era incuestionable para los organizadores, que Cataluña es una nación portadora de soberanía desde la lejana Edad Media. El historiador Jaume Sobrequés, como director del Centre d'Història Contemporània de Catalunya y presidente de la Societat Catalana d'Estudis Històrics, instituciones convocantes del congreso, marcó el objetivo de modo rotundo: «analitzar amb criteris històrics, desde el segle XVIII fins als nostres dies, les conseqüències que ha tingut per al país l'acció política, gairebé sempre de caire repressiu, tant de l'Estat com d'altres sectors intel·lectuals, mediàtics i partidistes espanyols contra Catalunya». Y para que no hubiera dudas, especificaba que se abordarían las distintas formas de represión «institucional, militar, política, cultural i cívica en general contra Catalunya». Por eso se organizaron las sesiones de trabajo bajo cuatro temáticas en las que el concepto de represión se remachaba insistentemente: «La repressió institucional, política i administrativa», «La repressió econòmica i social», «La repressió cultural i lingüística» y «L'exili»⁵¹.

A la vista de los trabajos presentados, cierto que multidisciplinarios y no todos con el mismo enfoque ni interpretación, Jaume Sobrequés, como impulsor del congreso, concluía que, después de la derrota de 1714, la historia de Cataluña se había caracterizado por un «permanente estado de ocupación militar», sobre todo en el siglo XVIII, pero que se había prolongado «durante las centurias posteriores». En paralelo se había practicado «un secular expolio económico», pues Cataluña, según Sobrequés, ya desde 1714 había comenzado a recibir menos de lo que aportaba a las «arcas del Estado español». De los estudios publicados, el propio Sobrequés enfatiza el valor de los que inciden con más fuerza en las facetas que han herido gravemente la identidad catalana, o en los que detallan «la aniquilación nacional de Cataluña», en especial la «secular persecución» del catalán. Pero, además de examinar a los «adversarios exteriores de Cataluña», Sobrequés subraya la urgencia de estudiar a otros enemigos igualmente peligrosos, los «quintacolumnistas», que, según su criterio, han existido siempre dentro de Cataluña como «agentes activos del españolismo»⁵². Por eso, tal y como el propio J. Sobrequés ha escrito en un medio de comunicación, «Catalunya és una colònia d'Espanya», dato que de ningún modo considera que sea «una exageració dialèctica», como reconoce que pudiera parecerle a los «nacionalistas más comprometidos» que no acaban de asumir esa condición de «colonia». En consecuencia, considera necesario insistir en el hecho de que «l'anàlisi històrica comparativa dels trets que van caracteritzar el colonialisme del segle XVI al segle XX permet tipificar la realitat catalana contemporània com a inequívocament colonial». La conclusión política se manifiesta con claridad, que «Catalunya és dels pocs països del planeta que no s'ha alliberat encara de l'opressió colonitzadora, i, si mirem només Europa, veurem que Catalunya continua essent, en base als trets que he esmentat, l'única colònia que encara existeix al Vell Continent»⁵³.

Por otra parte, en el discurso de apertura de este congreso Jaume Sobrequés reconocía que algunos podrían considerar exagerado su planteamiento, pero confesaba que lo impulsaban tanto sus «convicciones patriòtiques» como el propósito de organizar un encuentro académico,

51 Jaume SOBREQÜÉS I CALLICÓ (dir.) y Lluís DURÁN (ed.), *Vàrem mirar ben lluny del desert: actes del simposi «Espanya contra Catalunya: una mirada històrica (1714-1014)»*, Barcelona, Generalitat de Catalunya-Centre d'Història Contemporània de Catalunya, 2014, p. 9.

52 *Ibid.*, p. 11.

53 Jaume SOBREQÜÉS I CALLICÓ, «Catalunya és una colònia d'Espanya», *El Punt Avui*, 11-11-2015, <http://www.elpuntavui.cat/opinia/article/8-articles/913544-catalunya-es-una-colonia-despanya.html>

«rigurosamente científico». Se sentía, por tanto, «inmunizado» ante cualquier posible insulto («immunització total») porque su auténtico y «profundo disgusto» lo producía el hecho de ver que el paso de los siglos ha sido «en vano», puesto «els enfrontaments entre austracistes i borbònics, entre vigatans i botiflers, entre republicans i nacionales, entre catalans i els seus enemics, no s'han esborrat amb el pas dels segles». Ahora bien, la historia es un «arma pacífica al servei del futur del nostre país» y por eso mismo es «una ciencia social» que permitirá difundir la verdad «amb tot el rigor que la nostra professió d'historiadors ens exigeix»⁵⁴.

Evidentemente no todas las ponencias y comunicaciones de este simposio se plantean con idéntica adhesión nacionalista. Tampoco se trata de detallar los muy diversos contenidos de las más de cuarenta aportaciones e intervenciones. Lo significativo de este simposio radica en la práctica del holismo metodológico, procedimiento catalogable como pre-científico ya que, en la mayor parte de las aportaciones, se habla de Cataluña como si fuera una totalidad tan homogénea como compacta en la que el todo es distinto de la suma de las partes que lo integran. Por eso no cuentan tanto las clases sociales sino la identidad colectiva que dota de sentido unitarista a la nación, desde la Edad Media hasta el presente. Cercana a esta fórmula metodológica se encuentra en gran medida la más reciente obra de Josep Fontana⁵⁵. Así, en este libro J. Fontana, frente a las teorías sobre «comunidades imaginadas y tradiciones inventadas», que son las de E. Hobsbawm y B. Anderson, se inclina por la teoría de Azar Gat, quien ha reivindicado la «importancia originaria» de lo que hay tras esas tradiciones e imaginarios, cual es «la realitat d'unes identitats nacionals basades en el parentiu, l'ètnicitat, la llengua i una cultura compartida que, lluny de ser purament arbitràries, estan profundament arrelades i que, encara que estiguin sempre evolucionant, figuren entre les més duradores de les formes culturals». Por eso puede concluir, apoyándose en el estudio de Bisson, que «no hi ha dubte que en algún sentit la nació catalana data abans del segle XII»⁵⁶.

La cuestión de la identidad catalana, tal y como se plantea en esta obra de J. Fontana, concebida para rastrear las raíces primarias de esa identidad, el embrión de la nación y el curso de la historia que conduce hasta el presente, exigiría plantearse los agarraderos sobre los que se anudan unos ingredientes que, salvo la lengua, todos son tan frágiles como cambiantes, además de estar obviamente solapados con las diferentes relaciones de clase de cada momento histórico. Cierto es que todo lo actual tiene pasado, pero ese pasado no necesariamente tenía que desarrollarse de modo que desembocase en el actual presente; pudo haber tomado otros muchos caminos y por eso es tarea casi metafísica establecer identidades que vinculen a los «catalanes» del siglo XII con los del siglo XXI, pues ninguna sociedad funciona como un organismo, como un todo compacto, que crece y madura, ni funciona como un capullo de cuya crisálida surge aleteando bellamente una mariposa. Aunque el presente cuenta con precedentes siempre, lo que hoy está consumado tenía muchas posibilidades de haberse desarrollado de distinta manera. De hecho, el propio J. Fontana ha denunciado sin rodeos las «trampas» de las naciones, y, en consecuencia, de los nacionalismos, enseñándonos cómo todos los nacionalismos buscan en la historia la legitimación del presente y denunciando cómo los historiadores nacionalistas proceden «como quien resuelve un rompecabezas, un *puzzle*, valiéndose de un modelo que le muestra las líneas generales de la solución, y va buscando el lugar concreto en que las líneas de la pieza... sirven para confirmar la validez... del modelo interpretativo que ha adelantado como hipótesis de partida»⁵⁷. Por eso ha criticado la linealidad interpretativa propugnada por «una burguesía triunfante», y ha formulado como propuesta alternativa el estudio de las «bifurcaciones entre diversos caminos posibles», pues cada momento histórico contiene «una diversidad de futuros posibles, uno de los cuales puede acabar convirtiéndose en dominante, por razones complejas, sin que esto signifique que es el mejor»⁵⁸.

Son cuestiones que, por otra parte, remiten a los problemas de los usos de la ciencia histórica, y a sus relaciones con los distintos poderes que actúan en cada sociedad y en cada momento, que no son exclusivamente poderes de un Estado, porque también existen poderes de partidos,

54 Jaume SOBREQÜÉS I CALLICÓ (dir.) y Lluís DURÁN (ed.), *op. cit.*, p. 22-23.

55 Josep FONTANA, *La formació d'una identitat. Una història de Catalunya*, Vic, Eumo Editorial, 2014. Se trata de un libro que, según sus propias palabras, está escrito «pensando en lectores catalanes», para «gente que tiene la misma cultura... que tenemos una visión del mundo compartida». No considera adecuado, por tanto, traducirlo al castellano, pues si tuviera que «hacer los mismos razonamientos a lectores castellanos, lo tendría que reescribir completamente. Y no sé si vale la pena el esfuerzo», porque los castellanos, argumenta, «han sido educados para no entender nada» (Entrevista el 22/10/2014 a Josep FONTANA: «Mil años nos han ido haciendo diferentes», en <http://www.elperiodico.com/es/noticias/ocio-y-cultura/josep-fontana-historia-catalunya-3622287>).

56 *Ibid.*, p. 13, y para los autores citados ver la defensa de las raíces étnicas de todo nacionalismo en Azar GAT y Alexander YAKOBSON, *Naciones. Una nueva historia del nacionalismo*, Barcelona, Crítica, 2014; de Thomas N. BISSON, *La crisis del siglo XII*, Barcelona, Crítica, 2010; y también, *Història de la Corona d'Aragó a l'Edat Mitjana*, Barcelona, Crítica, 1988.

57 Josep FONTANA, *La historia de los hombres*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 355.

58 *Ibid.*, p. 358.

de grupos sociales, etc.⁵⁹. En este sentido, las divergencias interpretativas, incluso antagónicas, que caracterizan una parte importante de la actual historiografía catalana, contrastan con la línea hegemónica existente hoy en la historiografía del nacionalismo vasco, cuya más reciente aportación se centra precisamente en desentrañar los relatos, las manipulaciones y los silencios sobre los que se ha construido ese «peso de la identidad» a partir de la «unidad narrativa de un pasado» concebido por exigencias de memoria y no de historia. Se trata del libro coordinado por Fernando Molina y José A. Pérez, donde se reúnen nueve trabajos con una dialéctica metodológica ejemplar, al conjugar la ciencia histórica con la memoria colectiva, y también con los referentes míticos existentes en los distintos períodos y tiempos del pasado⁶⁰. Además, los autores comparten la premisa de que «la historia proporciona demasiadas dudas y demasiadas pocas certezas para las necesidades (patrióticas) del presente». Muy probablemente constituya el método menos sesgado para estudiar la historia nacional. Desde luego, se sitúa en las antipodas de la historia nacionalista, porque explícitamente se proponen «señalar los vacíos de conocimiento y las malas interpretaciones, de manera que sepamos espigar lo que son los hechos... de los mitos [...] que son auténticos “textos disfrazados de hechos” y que han sido alentados por una historiografía que, en ocasiones, ha decidido tomar prestados sus materiales narrativos de la memoria. Porque en ese particular baile entre historia y memoria... han sacado sistemáticamente a bailar a la hermanastra guapa (la memoria) dejando a la fea (la historia) sentada mirando el móvil»⁶¹.

En efecto, el pasado, tal y como plantean estos historiadores, es un «país extranjero», «un territorio sumamente incómodo para los vascos del presente», porque allí no van a encontrar su «Euskal Herria, por muy secular con que nos la pinten y por mucho que tantos colegas de profesión se empeñen en dotarla de realidad histórica... (porque en ese pasado) no había “cultura vasca” ni “identidad vasca” ni, desde luego, “pueblo vasco” tal y como podemos concebirlos en el presente y manejarlos en nuestros escritos históricos»⁶². Explícitamente rechazan las obras que se prestan a «exportar los registros de identidad del presente al pasado, con el fin de convertir este en un paisaje menos emotivamente árido y más patrio, aunque para ello traicionen [la] deontología profesional» y se plieguen a los requerimientos del «poder autonómico» que necesita «una comprensión unitaria de esos tiempos pasados [que] solo la nación y la etnia la hacen narrativamente posible», cuando de hecho están exportando «algo inventado hace cien años a época anteriores», de modo que «el grado de ficción que alimenta el relato del pasado se va acrecentando cuanto más nos alejamos del tiempo en que fue activado ese registro que supuestamente marca a los vascos»⁶³.

Lógicamente semejante desmitificación afecta a esa contante «victimización» colectiva sobre la que se ha construido el pasado vasco, cuya prolongación se constata en el actual relato público del «nosotros doliente» que junta víctimas y victimarios del terrorismo nacionalista vasco, para justificarlo como una fase más de la historia del «sufriente pueblo vasco», y, por tanto, para encubrir perversamente a la «minoría» que perpetró dicha violencia, a la mayoría que estuvo indiferente y a los partidos que la rentabilizaron⁶⁴. Denuncian, en consecuencia, que, al amparo de los poderes nacionalistas, se haya creado un tropel de supuestos «historiadores», insumisos ante el método científico y «animados por el fanatismo político». Son los que inundan el mercado editorial con «trabajos delirantes sobre la nación medieval navarra, el “genocidio” vasco bajo el franquismo o... el “pre-genocidio” cometido por los españoles en San Sebastián en tiempos de la guerra de la Independencia»⁶⁵.

Esta denuncia de los usos sectarios del pasado manifiesta una realidad que quizás no sea exclusiva de la historiografía vasca, aunque en el País Vasco goza de mayor fuerza. Se trata del diferente impacto que logra una historiografía científica, con investigaciones tan sólidas metodológicamente como desmitificadoras del pasado, frente al éxito social de los «historiadores de guardería», que encuentran la máxima acogida «en los órganos mediáticos afines a sus presupuestos identitarios», porque los mitos siempre resultan «más seductores que la realidad», pues, al fin y al cabo, «agitan emociones y crean sugestivas metáforas sobre la vida y la muerte (propia y ajena), sobre la nación y la identidad que proyecta...»⁶⁶.

59 Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN, «Los historiadores en la política española», en Juan José CARRERAS y Carlos FORCADELL, *Usos públicos de la historia*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 107-144.

60 Fernando MOLINA y José A. PÉREZ (eds.), *El peso de la identidad. Mitos y ritos de la historia vasca*, Madrid, Marcial Pons-Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, 2015.

61 *Ibid.*, p. 22.

62 *Ibid.*, p. 22-23.

63 *Ibid.*, p. 23. Véanse al respecto en este libro las aportaciones de Joseba LOUZAO VILLAR, «El síndrome de Jerusalén. ¿Los vascos y la religión?», en p. 81-108; y de Fernando MOLINA APARICIO, «“El conflicto vasco”. Relatos de historia, memoria y nación», en p. 181-224.

64 Es la aportación del último capítulo: Luis CASTELLS ARTECHE y Antonio RIVERA BLANCO, «Las víctimas. Del victimismo construido a las víctimas reales», en *op. cit. supra*, p. 265-206.

65 *Ibid.*, p. 25.

66 *Ibid.*, p. 28.

Ahora bien, a pesar de ese contexto, en la joven Universidad del País Vasco, creada en 1980 a partir de las instituciones universitarias preexistentes, se han consolidado grupos de investigación, que han realizado una ingente tarea de recuperación crítica de fuentes, de elaboración de monografías concluyentes y también de síntesis necesarias, con el común denominador de no haberse plegado a los supuestos identitarios defendidos por el excepcionalismo nacionalista. Baste referirse, por tratarse de las obras de mayor impacto social y académico, a las síntesis publicadas por Manuel Montero e Iñaki Bazán, y las coordinadas por José Luis de la Granja, Santiago de Pablo y Coro Rubio⁶⁷. No cabe duda de que en el impulso de esta historiografía crítica hay que recordar el relevante papel que desempeñó la figura de Manuel Tuñón de Lara, que se incorporó en 1982 a la cátedra de Historia Contemporánea de la recién creada Facultad de Periodismo y fundó en 1988 la importante revista *Historia Contemporánea*, editada desde entonces por la universidad. También es de justicia subrayar la influencia que la obra de Julio Caro Baroja tuvo en el desarrollo de esta historiografía científica sobre el pasado vasco⁶⁸.

Así, desde entonces, la historiografía vasca ha avanzado y aportado con paso firme, «con discreción (y ausencia de bandas de música folklórica...)»⁶⁹, consistentes investigaciones que han desmitificado el pasado «nacional», y cuya enumeración no corresponde pormenorizar en estas páginas. Sería injusto no citar al completo la nómina de historiadores de las generaciones ya consolidadas, junto a los impulsos de nuevas hornadas de historiadores. De estas últimas convendría citar algunos nombres como los citados F. Molina y José A. Pérez, o Coro Rubio y R. Ruzafa, por ejemplo, y en especial los más jóvenes, como C. Carnicero, G. Fernández Soldevilla, R. López Romo, J. Louzao y J. Penche, entre otros. Ese encadenamiento generacional tiene en común el afán de proporcionar análisis científicos, que obviamente no suponen la neutralidad cívica, sino la garantía de un método riguroso y crítico para desentrañar la complejidad de un pasado sobre el que existen interpretaciones no solo distintas sino conflictivas socialmente. De ahí que compartan, conviene subrayarlo, la premisa antes citada de que «la historia proporciona demasiadas dudas y demasiadas pocas certezas para las necesidades (patrióticas) del presente». También comparten el reto cívico de encontrar soluciones para superar el peso de un pasado y de unos tópicos identitarios que tanto condicionan la convivencia del presente.

Muy diferentes son los rasgos de la actual historiografía gallega, en lo referido a la historia de Galicia como nación y a sus expresiones nacionalistas. Ante todo, hay un hecho obvio y previo, que las fuerzas nacionalistas se han desarrollado en Galicia de modo distinto a Cataluña o Euskadi. Sin entrar a valorar hasta dónde este hecho político ha sido un factor condicionante, lo cierto es que hay voces muy autorizadas que han dudado de la existencia de una historiografía gallega, tal y como se analizó en 1999 en el congreso «Historia a Debate»⁷⁰. Sin embargo, hace ya dos décadas que Ramón Villares planteó la dualidad conceptual como marca decisiva de la historiografía gallega. Por un lado, alberga la historia que podría catalogarse como «nacional», al estilo de las realizadas en Cataluña y en Euskadi, con obras que tratan de explicar globalmente el pasado de Galicia, siguiendo la tradición romántico-liberal ya citada que arrancó en el siglo XIX. Por otro lado, bajo el rótulo de historiografía gallega existen autores y programas de investigación que estudian facetas o hechos del pasado simplemente como parte de la historia general española o universal⁷¹. Por eso diferencia dos caminos, el de las investigaciones que han abierto un desarrollo propio, vinculado a los temas e inquietudes planteados en Galicia como espacio nacional específico, y la vía que estudia cuestiones del pasado ocurridas en Galicia como parte de España, y que, en general, se modulan según los «patrones externos de modas y tendencias».

La primera es la que interesa en estas páginas, porque sería la historiografía propiamente nacional, al construir una explicación coherente del hecho diferencial que constituye a Galicia como un sujeto histórico y, por tanto, como protagonista de un programa político propio. Las aportaciones de dicha historiografía, siguiendo los balances de J. Beramendi y del citado

67 Es justo destacar las síntesis por lo que suponen de expresión del nivel de las investigaciones al recoger las aportaciones de los diferentes especialistas y las nuevas propuestas que las sucesivas publicaciones monográficas han realizado al respecto. Son significativas en tal sentido las de Manuel MONTERO, *Historia del País Vasco: de los orígenes a nuestros días*, San Sebastián, Txertoa, 1995; Iñaki BAZÁN (dir.), *De Tíbal a Aitor: Historia de Vasconia*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2002; José Luis DE LA GRANJA y Santiago de PABLO (coords.), *Historia del País Vasco y Navarra en el siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002; y la más reciente, José Luis DE LA GRANJA, Santiago de PABLO y Coro RUBIO POBES, *Breve historia de Euskadi. De los Fueros a la autonomía*, Barcelona, Debate, 2011.

68 Baste recordar la obra dirigida por Julio CARO BAROJA, *Historia general del País Vasco*, San Sebastián, Haranburu, 1981, 14 vols.

69 Fernando MOLINA y José A. PÉREZ (eds.), *op. cit.*, p. 26.

70 Carlos BARRROS (ed.), *Historia a debate. III. Problemas de historiografía*, Santiago, Editorial HaD, 2000, p. 326-333.

71 Ramón VILLARES, «La historiografía gallega actual», en J. AGUIRREAZKUEENAGA y M. URQUIJO (eds.), *Perspectivas de Historia local: Galicia y Portugal*, n.º 5 de *European Local and Regional Comparative History Series*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1996, p. 13-26.

R. Villares, se han concentrado en tres cuestiones y preocupaciones⁷². En primer lugar, la necesidad de profundizar en la larga duración de las estructuras agrarias, pues se ha pensado que la agricultura ha distinguido la historia de Galicia. En esa onda se han realizado numerosas y valiosas investigaciones monográficas, desde la Edad Media hasta la Contemporánea, tanto de historia social como económica y cultural. Complementaria a esta inquietud ha sido la segunda cuestión propia de esta historiografía, la surgida de la conciencia de atraso económico de Galicia, o de «atraso industrial», según J. Carmona. Se han investigado, en consecuencia, y también se han debatido, tanto los factores de despegue económico en sectores comerciales e industriales, como los obstáculos y lastres que han dificultado su desarrollo. Y en sintonía con esas dos inquietudes, estaría la tercera, la explicación y estudio del desarrollo del «galleguismo político», en cuyas investigaciones destacan las directrices metodológicas marcadas por Justo G. Beramendi, Ramón Máiz y X. Núñez Seixas, entre otros, si bien hay que subrayar que el debate sobre la identidad gallega no ha tenido ni tiene entre los intelectuales y políticos la misma intensidad con la que se manifiestan en Cataluña y en el País Vasco.

A tales tendencias se han agregado nuevas perspectivas, fruto de la confluencia de la historia social con la nueva historia cultural, aunque, tal y como señala Ramón López Facal, siga pendiente, tanto en Galicia como en España, la profundización en el largo proceso de «superación das lealdades propias do Antigo Réxime, desde a subordinación dos individuos á comunidade local, ao señor, á Igrexa, ao Monarca, ata a construción de novas lealdades políticas como cidadáns conscientes dos seus dereitos; un proceso de douscentos anos, contradictorio, con avances innegables e retrocesos tan traumáticos como a ditadura franquista», para alcanzar un conocimiento más matizado y complejo del pasado⁷³.

*
* *

¿Cabe plantear algún tipo de conclusiones para este somero análisis de las historiografías nacionales en España? Quizás, en primer lugar, que el debate historiográfico puede aportar sustanciosos elementos de análisis, pero nunca soluciones. También, que en la investigación del pasado y, por tanto, en la subsiguiente vertebración de una memoria social, los historiadores tenemos la responsabilidad de nombrar, engarzar e interpretar realidades con las distintas consecuencias sociales que esto supone en cada momento. En definitiva, es parte del oficio de historiador ser conocedor de las implicaciones sociales y éticas de la ciencia histórica. Ahora bien, la razón histórica ni sirve para maldecir el pasado ni para predecir el futuro, sino que, a nuestro entender, debe facilitar la comprensión de los factores que se albergan en cada fenómeno social. Para tal fin, resulta insoslayable establecer un parapeto crítico contra las mitificaciones del pasado, sean de uno u otro signo político, ideológico o religioso. Esto requeriría el compromiso cívico de los historiadores de desactivar los debates de calado patriótico o religioso, en cualquiera de sus dimensiones. Porque si la historia es una ciencia, entonces no solo debe detectar los errores, invenciones y prejuicios de otros, sino también compulsar los propios. Es cierto que en nuestra profesión no somos inmunes al pecado académico de la vanidad, por eso no nos aplicamos los mismos procedimientos críticos con los que analizamos las obras de los otros. La idea de verse uno mismo como objeto de investigación científica suele resultar alarmante y poco grata. No es fácil, sin duda, ni la crítica ni el debate.

Sería, por tanto, urgente que la historia facilitara la construcción de una memoria capaz de comprender la pluralidad de identidades, tanto de nuestro pasado en España como del actual presente planetario. En definitiva, el mundo no es la suma de sociedades y de culturas autosuficientes, aunque el peso de las fronteras estatales y culturales nos afecte y condicione, sino que, por el contrario, los procesos sociales se producen siempre imbricados en escalas superiores a las marcadas por esas lindes tan cambiantes. Estamos embarcados en un continuo fluir social y cultural en el que existen tantas continuidades como discontinuidades. La historia podría ofrecer, en tal caso, una utilidad social explícita, la de contribuir a formar una ciudadanía cosmopolita, pues, tal y como escribe J. Habermas, «solo una ciudadanía democrática que no se cierre en términos particularistas puede, por lo demás, preparar el camino para un estatus de ciudadano del mundo o una cosmociudadanía»⁷⁴.

⁷² Justo G. BERAMENDI, «Tres lustros para investigar dous séculos: un desenvolvemento desigual», en J.G. BERAMENDI (coord.), *Galicia e a Historiografía*, op. cit., p. 243-273; y la obra citada en la nota anterior de R. VILLARES.

⁷³ Ramón LÓPEZ FACAL, «Historia e identidade: unha aproximación á historiografía contemporánea en Galicia, 1980-2009», *Minius: Revista do Departamento de Historia, Arte e Xeografía*, n.º 18, 2010, p. 207-257.

⁷⁴ Jürgen HABERMAS, *Facticidad y validez*, Madrid, Trotta, 1998, p. 643.